

Jerusalén bajo tierra: Arqueología en la ciudad sagrada

La arqueología de Jerusalén es una de las más fascinantes y complejas de todo el mundo antiguo. Desde la primera mitad del siglo XIX, cuando se produjeron las primeras excavaciones sistemáticas, hasta la actualidad, los trabajos arqueológicos en Jerusalén se han visto fuertemente condicionados por planteamientos religiosos y políticos de diversa índole. La confirmación –o no– de la veracidad histórica del relato bíblico, así como la vinculación de los diferentes restos exhumados con la historia del judaísmo, el cristianismo y el islam, son factores que han coartado, a veces de manera decisiva, el desarrollo de la labor arqueológica en Jerusalén. De ahí que, periódicamente, se alcen voces reclamando la necesidad de llevar a cabo de una vez por todas un trabajo arqueológico en la ciudad libre de sesgos ideológicos y religiosos.



Jordi Vidal
Universidad
Autónoma
de Barcelona

La ciudad de Jerusalén, desde los mismos orígenes de la arqueología bíblica en el siglo XIX, ha sido el escenario de agrias polémicas y encendidos debates acerca del significado que cabía atribuir a los restos materiales que se iban encontrando. Por motivos religiosos y políticos evidentes, Jerusalén es probablemente el lugar del mundo

en el que desarrollar un proyecto arqueológico puede resultar más polémico. En un principio, parecía que la progresiva aparición de nuevas técnicas, nuevas metodologías y nuevos planteamientos teóricos podría conducir a un escenario más sosegado, donde el debate se centrase exclusivamente en cuestiones académicas o científicas, como sucede en la mayoría de los yacimientos arqueológicos del mundo. Sin embargo, un análisis detallado de la investigación arqueológica más reciente demuestra que, en mayor o menor medida, todavía hoy subsisten

viejos enfrentamientos y polémicas inspiradas en planteamientos tradicionales de carácter religioso y político. A continuación, repasamos la historia de la arqueología en Jerusalén, analizamos cuáles han sido las principales tendencias de la investigación de los últimos años y cuáles son las perspectivas de futuro que se adivinan en el horizonte más inmediato.

EN BUSCA DE LA CIUDAD BÍBLICA

Desde que el biblista norteamericano Edward Robinson excavó en Jerusalén a mediados del siglo



Jerusalén: vista del monte del Templo (la mezquita de la Roca y muro de las Lamentaciones). Foto: J. L. Montero

XIX, ha sido muy frecuente que se produjesen intervenciones arqueológicas en distintos puntos de la ciudad, a menudo con la intención apologética de confirmar la veracidad del relato bíblico. Por ejemplo, ese fue el propósito principal del orientalista y arqueólogo francés Félicien de Saulcy, quien, en 1863, y gracias a la financiación concedida por el Museo del Louvre, excavó en el lugar conocido como las "Tumbas de los reyes" (Jerusalén Este). De Saulcy estaba absolutamente convencido de que en aquel emplazamiento se conservaban las venerables sepulturas

de los monarcas de la dinastía de David. Entre sus hallazgos más notables destaca un bello sarcófago de piedra en cuyo interior se hallaron los restos de una mujer todavía envueltos en una mortaja con ribetes de oro. De Saulcy atribuyó erróneamente aquellos restos a una de las esposas del rey Sedeckias de Judá. En realidad, no había ningún indicio epigráfico o del ajuar que apuntase en esa dirección. Sin embargo, el arqueólogo francés, deseoso de relacionar directamente sus excavaciones con el texto bíblico, no vaciló a la hora de aventurar aquella propuesta.

No obstante, estudios posteriores demostraron que ese sarcófago pertenecía en realidad a Helena, una reina judía de Adiabene, del siglo I d.C., que no guardaba ninguna relación con la familia de David.

Un ejemplo similar y muy próximo en el tiempo es el del ingeniero militar británico Charles Warren. En 1867, y bajo los auspicios del recientemente creado Palestine Exploration Fund (1865), Warren excavó en la zona del Templo y en el denominado Ofel o Ciudad de David, el principal yacimiento arqueológico de Jerusalén. Entre sus hallazgos más importantes

Afortunadamente, las excavaciones que la arqueóloga británica Kathleen Kenyon llevó a cabo en Jerusalén entre 1961 y 1967 supusieron un cambio de tendencia notable respecto a lo vivido hasta el momento. Kenyon introdujo importantes novedades metodológicas –aplicación del método Wheeler– y teóricas en su trabajo

destaca un pozo –conocido actualmente como el Pozo Warren–, que el ingeniero británico rápidamente relacionó con una posible estructura construida durante la legendaria conquista de la ciudad jebusea por parte de David, tal y como aparecía narrada en 2 Sam 5 (cf. también 1 Cr 11,4-9). Sin embargo, más tarde se pudo determinar que, en realidad, se trataba de un pozo construido en época posterior, concretamente en el siglo VIII a.C., y que no guardaba ninguna relación con David ni con la conquista de Jerusalén.

Durante la primera mitad del siglo XX, la arqueología jerosolimitana siguió la misma tendencia apologética descrita hasta aquí, intentando vincular las excavaciones con el texto bíblico siempre que fuera posible. Un ejemplo extremo y un tanto esperpéntico de aquella tendencia es el representado por el capitán del ejército británico Montague B. Parker, quien entre 1909 y 1911 protagonizó uno de los episodios arqueológicos más curiosos y polémicos de la historia de Jerusalén. Parker, siguiendo las poco convencionales investigaciones del biblista finlandés Valter H. Juvelius, estaba convencido de que, o bien en la Ciudad de David o bien en la explanada de las Mezquitas se escondía el tesoro del Templo de Salomón. Según Juvelius, dicho

tesoro era un depósito secreto con objetos de gran valor que los babilonios no pudieron llevarse tras la conquista de la ciudad el 587 a.C. Supuestamente, el tesoro estaba compuesto por la corona y el anillo del rey, así como por el arca de la alianza, entre otros. No obstante, las excavaciones de Parker no solo no encontraron el tesoro, sino que terminaron en desastre. El militar británico tuvo que huir literalmente a la carrera para evitar ser linchado por la población árabe, que le acusaba de haber profanado con sus excavaciones uno de los lugares más sagrados del islam.

Otro ejemplo interesante es el del arqueólogo judeo-francés Raymond Weill. Weill trabajó en Jerusalén entre 1913 y 1925, patrocinado por el barón Edmond de Rothschild. Sus excavaciones en el sur de la Ciudad de David le permitieron hallar una serie de enigmáticos túneles tallados en la roca. Esos túneles estaban vacíos, sin inscripciones ni objetos de ningún tipo que permitiesen entender cuál había sido su función original en la antigüedad. Sin embargo, y basándose únicamente en diversos pasajes bíblicos que indicaban que allí se hallaban las tumbas de los reyes de Judá (cf., por ejemplo, 2 Re 9,28), Weill concluyó de forma solemne, aunque infundada, que había encontrado

por fin los restos del panteón real de la Casa de David.

Afortunadamente, las excavaciones que la arqueóloga británica Kathleen Kenyon llevó a cabo en Jerusalén entre 1961 y 1967 supusieron un cambio de tendencia notable respecto a lo descrito hasta ahora. Así, Kenyon introdujo importantes novedades metodológicas –aplicación del método Wheeler– y teóricas en su trabajo. Por lo que se refiere a este último punto, cabe destacar que Kenyon siempre se mostró contraria al uso del con-

cepto de "arqueología bíblica". En su lugar prefería hablar de "arqueología de Palestina", una arqueología que, en su opinión, debía abandonar las consideraciones religiosas o teológicas para centrarse en la resolución de problemas meramente históricos, sin tener en cuenta la posible relación que pudiesen tener los hallazgos materiales con el texto bíblico. Buena prueba de esos nuevos planteamientos la encontramos en los temas que más le preocuparon durante sus excavaciones: la comprensión de la gestión del agua

en la ciudad antigua, la datación precisa de las fortificaciones de la Ciudad de David, la delimitación exacta del trazado de la segunda y de la tercera muralla de la ciudad, el estudio de la planta del palacio de Herodes, etc.

Sin embargo, uno de los mayores puntos de inflexión en el estudio arqueológico de Jerusalén se produjo a finales del siglo XX e inicios de la presente centuria. Fue entonces cuando un grupo de arqueólogos de la Universidad de Tel Aviv, encabezados por Israel Finkelstein, reestudiaron muchas de las evidencias disponibles hasta esos momentos y llegaron a conclusiones sorprendentes que cuestionaban la veracidad de alguno de los episodios más destacados de la historia de Israel. Así, según se narra en la Biblia, durante los reinados de David y Salomón, Jerusalén se había convertido en la capital y centro neurálgico de un pequeño imperio regional, que extendía sus fronteras desde el Sinaí hasta el Éufrates (así se afirma, por ejemplo, en 1 Re 5,1). La ciudad, gracias a las riquezas y recursos obtenidos como consecuencia de la creación y gestión de ese imperio, experimentó un desarrollo urbanístico notable, que culminó con la construcción de grandes edificios públicos, como el famoso Templo de Salomón o el palacio real.

Sin embargo, según Finkelstein, la arqueología ofrecía una imagen muy distinta y diametralmente opuesta a la que acabamos de describir a partir del Antiguo Testamento. Así, según los datos disponibles en aquellos momentos, la Jerusalén del siglo X a.C., lejos de ser una gran capital imperial, fue más bien un asentamiento muy modesto, de apenas dos hectáreas

Las Tumbas de los Reyes
(Wikimedia Commons)



de extensión, que habría albergado a, en el mejor de los casos, unos cuatro mil habitantes. Asimismo, la ciudad se caracterizaría por una economía de subsistencia muy poco desarrollada, basada en la agricultura y la ganadería, y carecería de formas complejas de administración –apenas se conocería el uso de la escritura–, así como de edificios monumentales de ningún tipo. Por tanto, los datos arqueológicos entraban en contradicción evidente con todo lo descrito en 2 Samuel y 1 Reyes acerca de Jerusalén y de la supuesta existencia del imperio regional de la monarquía unida. De la misma forma, lejos de ser un gran líder militar y un conquistador de renombre, David más bien parecía haber sido un modesto caudillo de las tierras altas de Judá que habría ocupado un lugar secundario, prácticamente irrelevante, dentro del escenario geopolítico de la región durante el siglo X a.C. Esto explicaría que no aparezca mencionado en prácticamente ninguna fuente extrabíblica coetánea.

Como era de esperar, los planteamientos radicales de Finkelstein y sus colaboradores fueron rebatidos con dureza por parte de los representantes de la arqueología bíblica más tradicional y conservadora. En este sentido, destacan especialmente los trabajos de la arqueóloga israelí Eilat Mazar, financiados en buena medida por la Ir David Foundation, una fundación que declara explícitamente en sus estatutos que uno de sus objetivos irrenunciables es el de fortalecer los vínculos históricos de Jerusalén con la comunidad judía. Mazar utilizó sus excavaciones en Jerusalén para tratar de rebatir las objeciones planteadas por

Jerusalén, gracias a las riquezas y recursos obtenidos como consecuencia de la creación y gestión de un imperio, experimentó un desarrollo urbanístico notable, que culminó con la construcción de grandes edificios públicos, como el famoso Templo de Salomón o el palacio real



Supuestas ruinas del Palacio de David (Wikimedia Commons)

Finkelstein. Así, por ejemplo, en 2005 afirmó haber hallado restos de la muralla ordenada construir por el rey Salomón (1 Re 3,1; 9,15), así como los primeros vestigios del palacio de David mencionados, entre otros, en 2 Sam 5,11. De esta forma, aquellas grandes construc-

ciones del siglo X a.C. debían servir para desmentir la imagen de una Jerusalén rural y subdesarrollada que habían planteado los arqueólogos de la Universidad de Tel Aviv, y contribuían a preservar y fortalecer la narrativa histórica de la monarquía unida.

Mazar murió de forma prematura en 2021, pero sus proyectos de excavación han continuado, ahora encabezados por el arqueólogo de la Universidad Hebreo de Jerusalén Yosef Garfinkel. En una línea similar a la planteada por Mazar, las excavaciones dirigidas por Garfinkel, por ejemplo en Khirbet Qeifaya, se han esgrimido como prueba de la existencia del imperio regional de David y Salomón. Khirbet Qeifaya era una fortaleza del siglo X a.C. perteneciente al reino de Judá. Según Garfinkel, su mera existencia sirve para confirmar el control militar del territorio ejercido por los reyes de Jerusalén y acabar así con la imagen de un reino pobre, rural, aislado y subdesarrollado descrito por Finkelstein.

Sin embargo, lejos de generar cualquier tipo de consenso, los trabajos y, sobre todo, las conclusiones de Mazar y sus colegas también generan numerosas dudas y celos. Así, por ejemplo, Finkelstein y David Ussishkin han reestudiado los restos del supuesto palacio de David identificado por Mazar en la zona del Ofel, llegando a unas conclusiones diametralmente opuestas. Así, según ellos,

Mazar no halló los cimientos de ningún edificio monumental que pudiera relacionarse con la sede de la Casa de David. En su opinión, simplemente se trataba de una serie de estructuras arquitectónicas superpuestas, pertenecientes a diferentes épocas y sin ningún vínculo significativo con el período de la monarquía unida.

ARQUEOLOGÍA Y POLÍTICA

La creación del Estado de Israel en 1948 y el control israelí de Jerusalén Este tras la victoria hebrea en la Guerra de los Seis Días (1967) fueron dos circunstancias que añadieron una dimensión política innegable y muy significativa a la investigación arqueológica de la ciudad. En este sentido, los sectores más beligerantes con la arqueología que se ha practicado desde entonces en Jerusalén con frecuencia han denunciado la tendencia de los investigadores israelíes a centrarse exclusivamente en el denominado "milenio bíblico" de la ciudad, es decir, en el análisis de los niveles arqueológicos que van desde la Edad del Hierro hasta la destrucción del Segundo Templo, omitiendo de esta forma el estudio

La creación del Estado de Israel en 1948 y el control israelí de Jerusalén Este tras la victoria hebrea en la Guerra de los Seis Días (1967) fueron dos circunstancias que añadieron una dimensión política innegable y muy significativa a la investigación arqueológica de la ciudad

de otros períodos históricos que no guardan relación directa con la historia judía. Dicha práctica, supuestamente institucionalizada por parte de la academia israelí, respondería a una agenda política sionista, que tendría como misión legitimar la ocupación a partir de la reivindicación del pasado judío de la historia de Jerusalén, minimizando la importancia de la época cananea e islámica, entre otras, tal y como denuncia a menudo el arqueólogo palestino Nazmi Al Ju'beh, profesor de la Universidad de Birzeit.

El ejemplo paradigmático que suele esgrimirse para demostrar el sesgo ideológico de la arqueología israelí es el trabajo de Benjamin Mazar, profesor de la Universidad Hebreo de Jerusalén y abuelo de Eilat Mazar. Mazar declaró en 1984 a la prestigiosa revista especializada *Biblical Archaeology Review* que uno de los propósitos fundamentales de la arqueología bíblica, en efecto, debía ser el de contribuir a la materialización del ideal sionista. En este sentido, arqueólogos como Mazar veían en la Biblia hebrea el texto fundamental del nuevo Estado de Israel, un texto fundacional que podía verse legitimado de manera indiscutible si la investigación arqueológica era capaz de determinar su veracidad histórica esencial.

Esos planteamientos ideológicos de la arqueología israelí también tienen importantes consecuencias prácticas. Así, las autoridades palestinas denuncian con frecuencia que las excavaciones arqueológicas a menudo se convierten en un mero pretexto para facilitar la expropiación de bienes de propietarios palestinos, así como para promover la proliferación de



Sector de la Ciudad de David (Wikimedia Commons)

nuevos asentamientos judíos en Jerusalén Este.

Lamentablemente, en algunas ocasiones, las polémicas arqueológicas no se han limitado al ámbito académico, sino que han terminado provocando auténticas desgracias personales. Eso es lo que sucedió, por ejemplo, en 1996, cuando el gobierno israelí decidió construir una escalera de acceso al denominado , una estructura que permite ver algunos restos arqueológicos de Jerusalén (un acueducto de época asmonea, una vía romana, cuevas abovedadas de la época de los mamelucos, etc.). Las autoridades palestinas denunciaron que, una vez más, esa estructura tenía como único objetivo contribuir a judaizar la ciudad de Jerusalén. El gobierno hebreo, en cambio, se defendió afirmando que su único propósito era el de fortalecer la actividad tu-

rística en aquel sector concreto. La polémica terminó con un estallido de violencia que se extendió por toda Gaza y Cisjordania, y en el transcurso del cual murieron casi cien personas.

Con todo, también es importante señalar que algunas de las denuncias contra la supuesta politización de la arqueología israelí en Jerusalén han demostrado ser exageradas, injustas o poco precisas. Así, por ejemplo, no es cierto en absoluto que en Jerusalén los arqueólogos israelíes únicamente excaven niveles de la Edad del Hierro, para tratar de reivindicar el pasado judío de la ciudad y legitimar el dominio hebreo.

Por ejemplo, en 2020, un equipo dirigido por Ronny Reich, de la Universidad de Haifa, y Eli Shukron, del Servicio de Antigüedades de Israel, localizó en un sector de la

Ciudad de David los restos de una fortaleza cananea del siglo XVIII a.C. Probablemente, esa fortaleza había sido construida en su momento para proteger el suministro de agua de la ciudad procedente de la cercana fuente de Gihón. Lejos de esconderse o minimizarse el hallazgo, como sería lógico de haber existido realmente una política sionista de ocultación de los restos arqueológicos cananeos de Jerusalén, lo cierto es que la noticia fue ampliamente difundida tanto en los medios de comunicación generalistas como en publicaciones especializadas.

Otro ejemplo similar, todavía más reciente, ha sido el hallazgo y estudio, también por parte de Eli Shukron, de un santuario cananeo localizado cerca de la explanada del Templo y datado en el Bronce Medio. Por el momento se han des-

cubierto ya ocho estancias (cerca de 220 m²) que fueron excavadas directamente en la roca madre. Entre los elementos arqueológicos recuperados se hallan una prensa de aceite y un altar. Sin embargo, el objeto que más ha llamado la atención es el hallazgo de una *masebá* o piedra erecta, un elemento muy característico del ámbito ritual cananeo, que probablemente representaba a una divinidad o bien indicaba el lugar en el que se había producido una hierofanía o revelación divina.

Asimismo, los arqueólogos israelíes no solo han estudiado restos de época cananea, sino que también han descubierto, analizado y promocionado importantes vestigios arqueológicos cristianos y de época

islámica. Este es el caso, por ejemplo, de las excavaciones de Nahman Avigad, profesor de la Universidad Hebreo, que en los años setenta sacaron a la luz en pleno barrio judío de la Ciudad Vieja de Jerusalén los restos de una basílica bizantina –la iglesia Nea– erigida por Justiniano a mediados del siglo VI d.C. La iglesia fue parcialmente destruida en el 614 d.C., tras la conquista persa de la ciudad, y el 743 d.C., a causa de un terremoto.

Además, algunos arqueólogos israelíes no han dudado ni un instante a la hora de llevar a cabo algunas investigaciones aparentemente polémicas que cuestionan algunos elementos tradicionales de la identidad judía. Así, por ejemplo, en 2021, Lidar Sapir-Hen, profesor

de arqueología de la Universidad de Tel Aviv, junto con Joe Uziel y Ortal Chalaf, publicó un estudio en la revista *Near Eastern Archaeology* donde presentaba un interesante trabajo acerca de las prácticas alimentarias en Jerusalén durante el siglo VIII a.C. El estudio se centraba sobre todo en los restos de un cerdo hallado en un edificio de la Ciudad de David datado en la Edad del Hierro IIB-C. Esos restos demostraban que, como mínimo en determinadas circunstancias, y a pesar del tabú religioso, los judíos de la antigüedad podían llegar a consumir dicho animal.

Evidentemente, todos estos ejemplos no niegan que la arqueología de Jerusalén esté fuertemente politizada, pero demuestran que

PUBLICIDAD



tanto la investigación como la crítica que se le pueda hacer no están únicamente politizadas desde el bando israelí.

PERSPECTIVAS DE FUTURO: LA APUESTA POR UNA ARQUEOLOGÍA CIENTÍFICA

Uno de los principales expertos modernos en la arqueología de Jerusalén es el periodista norteamericano Andrew Lawler, colaborador habitual en publicaciones como *The New York Times*, *The Washington Post* o *National Geo-*

graphic. Entre sus obras destaca el ensayo *Under Jerusalem. The Buried History of the World's Most Contested City* [Bajo Jerusalén. La historia enterrada de la ciudad más discutida del mundo] (2021), un libro en el que repasa de manera lúcida, amena y exhaustiva la compleja historia de la investigación arqueológica en la ciudad. Tanto es así que la obra obtuvo en 2024 el Felicia A. Holton Book Award, premio otorgado por el prestigioso Archaeological Institute of America. Como es obvio, teniendo en cuenta lo que acabamos de apuntar, Lawler ha dedicado mu-

chas horas a reflexionar acerca del futuro de la arqueología en Jerusalén y ha llegado a la conclusión de que es imprescindible liberarla de una vez por todas de los sesgos religiosos y políticos que la han lastrado durante tanto tiempo. Para lograr ese fin, Lawler propone una especie de manifiesto basado en la implementación de cuatro principios básicos que, en su opinión, pueden contribuir a lograr ese objetivo. A continuación enunciamos brevemente esos principios.

- 1) Se debe impedir o, como mínimo, limitar que las excavaciones sean financiadas por entidades u organismos que tengan como objetivo principal imponer una agenda política o religiosa. El fin de las excavaciones debe ser únicamente la resolución de problemas estrictamente históricos (estudio de las formas de subsistencia, relaciones comerciales, mecanismos de interacción social, formas de cohesión colectiva, etc.), tal y como ya reclamaba Kenyon a mediados del siglo XX.
- 2) Se debe tender a la formación de equipos de investigación internacionales y multidisciplinares. De esa forma se lograrían dos objetivos prioritarios. Por una parte, los arqueólogos israelíes reforzarían sus vínculos académicos con el exterior.

Los arqueólogos israelíes no solo han estudiado restos de época cananea, sino que también han descubierto, analizado y promocionado importantes vestigios arqueológicos cristianos y de época islámica. Incluso no han dudado ni un instante a la hora de llevar a cabo algunas investigaciones aparentemente polémicas que cuestionan algunos elementos tradicionales de la identidad judía

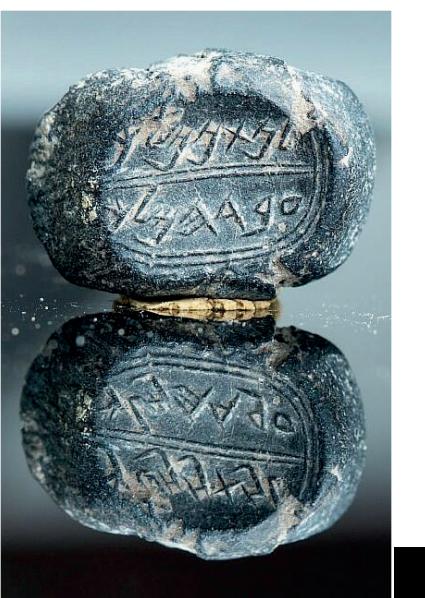
Por otra, se reduciría notablemente el posible sesgo ideológico en la interpretación de los resultados obtenidos en las excavaciones.

- 3) Tiene que promoverse el desarrollo de técnicas arqueológicas de vanguardia. Aunque pueda parecer una afirmación obvia, lo cierto es que la preocupación por el posible significado religioso y político de las excavaciones a menudo ha ido en detrimento de la introducción de los últimos avances técnicos y metodológicos en el estudio de los restos arqueológicos jerosolimitanos. Esta circunstancia ha provocado un retraso en la investigación imposible de justificar a partir de criterios estrictamente científicos.
- 4) La actitud crítica hacia la investigación arqueológica en Jerusalén debe ser justa y ecuánime. Demasiado a menudo, tanto académicos como organismos internacionales de diversa índole han puesto en tela de juicio de forma injustificada excavaciones arqueológicas desarrolladas de forma rigurosa

simplemente por el hecho de haber sido llevadas a cabo por arqueólogos israelíes.

Sin embargo, es evidente que las buenas intenciones que se desprenden de manifiestos de este tipo no son suficientes para acercarnos al objetivo de la deseable normalización de la arqueología de Jerusalén.

Sello paleohebreo hallado en la Ciudad de David (Wikimedia Commons)



De hecho, muchas de las polémicas que hemos descrito son recientes y están todavía en vigor, por lo que no parece que en un futuro más o menos cercano los sesgos religioso y político vayan a desaparecer repentinamente del panorama arqueológico de Jerusalén.

BIBLIOGRAFÍA

> **FINKELSTEIN, I. / SILBERMAN, N. A.,** *David y Salomón: en busca de los reyes sagrados de la Biblia y de las raíces de la tradición occidental*, Siglo XXI, Madrid 2007.

> **LAWLER, A.**, *Under Jerusalem. The Buried History of the World's Most Contested City*, Anchor, Nueva York 2021.

> **STEINER, M. L.**, "One Hundred and Fifty Years Excavating Jerusalem", en **B. WAGEMAKERS (ED.)**,

Archaeology in the Land of "Tells and Ruins". A History of Excavations in the Holy Land Inspired by the Photographs and Accounts of Leo Boer, Oxbow Books, Oxford 2014, pp. 25-37.